

El Caso de un Museo

por Sebastián Salazar Bondy

Este cronista estuvo en el Cuzco durante días feriados y pudo ver uno de los museos —el Virreinal— sólo gracias a la intervención de algunos gentiles amigos. El hecho da una idea clara de la defectuosa organización de esas entidades culturales. Bien sabido es que en todas partes del mundo dichas instituciones mantienen abiertas sus puertas precisamente durante las festividades, pues los aficionados y los curiosos suelen aprovechar las horas de descanso para visitarlas. En el caso del Cuzco, la clausura de esas instituciones los días domingos y feriados se explica poco, ya que la ciudad recibe en esas ocasiones un mayor volumen de forasteros ansiosos de conocer las innumerables riquezas de arte e historia. Una convención universal señala el lunes para el descanso de los funcionarios que prestan sus servicios administrativos y técnicos en los museos y para la limpieza y conservación de las piezas que se exhiben.

El Museo Virreinal, que el cronista pudo visitar por gestión personal del joven escritor y etnólogo Efraín Morote Best, ocupa una ruinoso y estrecha finca de la calle Tecseccocho. Para llegar a sus salas hay que ascender hasta el tercer piso —el Cuzco, no hay que olvidarlo, está situado a más de 3.000 metros de altura sobre el nivel del mar— por una empinada escalera. Está dirigido por el señor Juan J. Medina, quien, por virtud de un fervor y una dedicación excepcionales, ha impreso a la institución un sello de mínima eficiencia. Los recursos económicos de la entidad son escasísimos y las instalaciones precarias. Con decir que el derrumbe de una pared ha dejado a la intemperie una sala, se dará una idea cabal de la indigencia en que vive este museo.

El Museo Virreinal pertenece al Ministerio de Educación Pública. Tiene un presupuesto anual de 40.000 soles, de los cuales 7.000 están destinados a adquisiciones. La compra de un cuadro, una pieza de imaginería o un mueble exige, en el mejor de los casos, un desembolso de más de 5.000 soles, de lo cual se deduce que la dirección apenas está en condiciones de obtener para el fondo un objeto o una pintura por año. El tráfico de obras de arte —telas coloniales, en especial— es en el Cuzco algo corriente, y es fácil que entre la balumba de cosas sin mayor mérito se deslicen cuadros o esculturas que pertenecen al patrimonio nacional y que deben ser salvadas del comercio privado. Las 1000 piezas que conserva este museo —la mayoría, por suerte, en muy buen estado— han sido avaluadas por un especialista en la

materia en un millón de dólares, lo que significa que se trata no sólo de un hermoso testimonio del espíritu creador del pasado virreinal sino de un tesoro material que es necesario guardar con celo y responsabilidad.

En el local faltan desde algunas puertas y ventanas hasta los medios más elementales para el mantenimiento de las creaciones allí depositadas. La luz es deficiente y, no obstante de que los cuadros se hallan debidamente restaurados, se ofrecen en un abigarramiento que impide su correcta apreciación. No existe un catálogo apropiado para conocer el origen y categoría de las piezas presentadas, ni éstas se hallan clasificadas con relación a su calidad, época y modalidad artística. A pesar del empeño del señor Medina, quien es absolutamente consciente de esas fallas y de las cuales, por supuesto, no es responsable, el museo deja una impresión lamentable que no cabe disimular.

En cuanto al Museo de Arqueología, parece que la situación es semejante. Si así fuera, no hay sino que reclamar de las autoridades del Ministerio respectivo una atención más amplia a estas entidades que debieran ser síntesis de cada una de las dos grandes épocas que vivió el Cuzco, y una más generosa ayuda, en consecuencia, a quienes laboran porque representen bien la cultura de la antigua capital de los Incas y del Perú de siempre. Es cierto que ni siquiera los museos de Lima preocupan a las autoridades educativas del país. Hace pocos días, un extranjero expresaba su perplejidad sobre la falta de vidrios de que padecían las vitrinas del Museo de la Cultura de la Avenida Alfonso Ugarte.

A! inquirir sobre la necesidad de reponer dichos vidrios, se le confesó que la economía de la institución no permitía tal gasto. La moraleja de esta historia verídica, que sin embargo parece fábula, la pueden extraer los lectores.

El Cuzco entero es un gran museo. Del mismo modo como al núcleo histórico de la ciudad se le está destruyendo y adulterando, de idéntica manera como todo en los edificios incaicos y las iglesias coloniales revela incuria, desamor y desconsideración, así en esos muestrarios de la cultura quechua y la cultura hispánica de la inmemorial capital, se manifiesta en pequeño la falta de organización que priva, en el orden de la cultura, en el país. Es necesario insistir en la reclamación de una más seria y más justa política con respecto al legado que un ayer glorioso ha puesto en nuestras manos para serle entregado intacto al futuro.